

— Podemos parar un poco para descansar y reponernos, — propone Juan, el capataz de la expedición.

Se hallaban en unas antiquísimas ruinas de una civilización existente en tiempos remotos y la cual fue tragada por la selva. Las descubrió un indígena de la zona, quien veía como los buscadores de oro contaminaban los ríos acabando con ello con la pesca, el principal sustento de su tribu.

Pepe, que así se llamaba el indígena, informo de tal hallazgo a la Sociedad Arqueológica peruana ya que aunque las ruinas se encontraban en la selva brasileña, se trata de un lugar cercano a la frontera peruana y son estos quienes más cerca las tienen y, por tanto, quienes pueden hacer algo. Les informo con el fin de que se crease una reserva de la biosfera, esa era su intención, para proteger el virginal paraje de la amenaza de los garimpeiros. Una zona que abarcaría miles de kilómetros cuadrados.

La citada sociedad, en colaboración con el Museo Arqueológico español, con sede en Madrid, organizo una expedición dirigida por una brillante arqueóloga española, especializada en civilizaciones andinas, quien acepto el encargo por afán de escalar academicamente.

— De acuerdo, — contesto Paula, que así se llamaba la arqueóloga, quien estaba en esos momentos investigando el interior de un edificio de ceremonias ritual de forma circular y de una sola planta,

— hagamos un alto. Pero reanudaremos enseguida el trabajo puesto que esto tiene mucho interés.

La antigua ciudad esta situada en un paraje entre la selva de unas cinco hectáreas de extensión, al lado de un ancho río que dibuja un amplio meandro por su lado sur. En el lado occidental se levanta un alto escarpe en cuya cima se extiende una meseta todavía inexplorada y vírgen. Hacia el este y el norte una profunda y enmarallada jungla a través de la cual lleo la expedición española abriéndose paso como antaño hicieran los exploradores españoles y portugueses. No disponían de medios para alquilar embarcaciones y llegar por el río. El museo y la sociedad eran tacaños en ese aspecto.

No lejos de allí, acercándose por el río, otra expedición, esta sí que podía contar con embarcaciones, un barco de aspecto cochambroso pero eficiente de líneas, navegaba hacia la ciudad. En la popa, al timón, había un fornido y bajo hombretón, de cabello corto y negro, rizado, en la proa, un individuo más alto y de porte atlético estaba tumbado, disfrutando del viaje, de cabello también corto y ondulado, castaño. Llevaban utensilios de cartografía con el fin de explorar la zona y realizar mapas para su conocimiento por parte del estado brasileño.

— allá delante se observa un embarcadero un tanto viejo, y una abertura entre la vegetación. Puede que haya algo ahí. — informo el hombre bajo a su compañero.

Todo estaba en calma. El día, luminoso y más tórrido de lo normal, discurría apaciblemente.

— acerquémonos , — dijo el individuo atlético, — puede que tengamos un buen lugar de observación y medición.

— Eso esta hecho, — contesto el bajo, — y también para comer y beber algo, ¿no?

— Eso también. — aseveró el atlético.

— se acerca un barco, — dijo el capataz de la expedición arqueológica, que venia del embarcadero de la ciudad.

— Ok, puede que sean garimpeiros. Estad preparados, — ordeno Paula, que así se llamaba la mujer encargada de dirigir los trabajos de investigación.

— No lo creo,- rezongo el capataz, — solo veo dos hombres

— nunca se sabe,-afirmó, rotunda, la arqueóloga, — acompañaame, — dijo dirigiéndose al capataz, — vosotros seguid con los trabajos pero estad alerta.

Cuando se acercaron a la orilla, vieron a la embarcación, de líneas estilizadas y elegantes, aunque toscas, amarrar en el embarcadero y a los dos hombres bajar de ella cargados con mochilas y un aparato de agrimensura y varias miras para medir.

— hola, — exclamo el individuo de porte atlético, — no sabía que hubiera gente aquí, y menos aún, gente civilizada, ¿ qué están haciendo en este lugar?,- inquirió.

— Eso mismo le pregunto yo a usted, — replico a su

vez la arqueóloga, desafiante  
— déjenme respirar un poco y les explico.  
— ¿van armados?  
— Yo siempre llevo al cinto mi fiel colt, — dijo el hombre de pelo castaño corto.- pero aquí mi compañero nunca va armado pero sabe disparar, hay que estar preparados, ¿entienden?  
— Acompañenme, — dijo Paula, — el resto de mi equipo esta más adentro

Los dos hombres siguieron a la mujer y a su compañero al interior de la jungla, precavidos.

Por el camino, el hombre atlético les explico que se encontraban cartografiando la zona para el gobierno brasileño, ellos también sabían que había una zona todavía inexplorada en el noroeste del país y les interesaba conocerla. Era parte de su territorio. Dijo también que trabajaban para el Instituto Cartográfico español, zona de Aragón, así que la exploración la financiaba el citado instituto como apoyo al gobierno de Brasil.

La arqueóloga, conforme iba hablando aquel hombre, se iba dando cuenta de que aquellos individuos no eran peligrosos e, incluso, llego a sentir simpatía y algo de camaradería por ellos, estando como estaban todos ellos, tan lejos de casa. Además, el individuo de porte atlético era un hombre apuesto y, imaginándoselo afeitado y vestido de manera elegante, resultaría atractivo, pensó la mujer, aunque era un poco melancólico.

Mientras, acercándose por el río una serie de embarcaciones de diversos tamaños, de aspecto similar a la de los dos cartógrafos remontaban éste hacia la antiquísima ciudad. En la embarcación que iba en el centro, la más grande, un mulato de elevada estatura y ataviado con ropas de mercenario buscador de oro, observaba atento al frente; a su lado, en el timón, un hombre más bajo pero no por ello menos intimidante. El resto de hombres de las demás embarcaciones también vestían de forma similar e iban todos ellos armados hasta los dientes y su aspecto era aguerrido y salvaje.

— me gustaría bajar a tierra un rato a estirar un poco las piernas, señor, — dijo el timonel  
— en cuanto veamos un lugar apropiado para desembarcar, yo también lo estoy deseando, al igual que el resto de los camaradas, imagino, — aseveró torvamente el mulato

Sin sospechar lo que se les viene encima, los arqueólogos, junto con los dos cartógrafos, almorzaron animadamente entre ellos al pie de una de las edificaciones de la ciudad precolombina. Dicha edificación semejaba un templo como los de las civilizaciones mexicanas prehispánicas, rodeados también de exuberante selva.

— nuestro propósito, esto es, el de la sociedad arqueológica peruana y el del museo arqueológico español, es reconocer este lugar como digno de ser conservado vírgen para proteger a los indígenas de la región de la amenaza que suponen los buscadores de

oro. — Comento Paula, resuelta.

— Perfecto,- contesta Tony, que así se llama el cartógrafo apuesto, quien ya se ha presentado,- nosotros, — dijo, señalando a Isaac, el otro explorador, — pasaremos la noche con vosotros y mañana, temprano, reanudaremos la travesía por el río. Esta tarde aprovecharemos para tomar unas mediciones aquí.

— Me resultas simpático. Podríamos vernos alguna vez, cuando coincidamos en España, si no te importa.

— Por mí bien,- contesta Tony, — ¿cual es tu número?

A continuación, tras intercambiarse los números y después de almorzar, mientras los demás se disponen a sestear y relajarse, ellos se dirigen a dar un grato paseo por entre las ruinas para conocerse un poco más. Paula le explica detalles ya descubiertos de la antigua civilización que construyó la ciudad en que se encontraban a lo que Tony escuchaba atento, embelesado por las palabras de la arqueóloga, las cuales dejaban entrever que se trataba de una mujer de gran cultura, y bastante atractiva, observo el cartógrafo.

De pronto, cuando se hallan contemplando el interior de un centro funerario, se oyen disparos y ruido de lucha en el exterior. Paula hace amago de salir a ver que es lo que esta sucediendo ansiosa, no obstante, el cartografo la detiene, por prudencia.

— no, — le aconseja, — si nuestros compañeros están en peligro nosotros solos no podemos hacer nada por

ayudarles y lo más seguro que también nos sucediera lo mismo. Espera aquí, voy a situarme en el umbral de este edificio para coger señal y avisar al ejército peruano.

La mujer obedece, además, la mirada del hombre denota determinación y seguridad en sí mismo, por lo cual se siente más tranquila y esperanzada, diciéndose que tiene razón.

— ¿sí?, — inquiera cuando Tony llega junto a ella  
— en una media hora llegan varios helicópteros desde territorio peruano. Esperemos que no sea demasiado tarde.

Durante esa media hora, que a ambos les pareció eterna, permanecen tensos y preocupados por la suerte de sus compañeros y con la impotencia de no poder hacer nada por ayudarlos, y temerosos de que lo que les amenaza llegue también hasta ellos. No obstante, tras la mitad aproximada de ese tiempo el ruido de disparos y de lucha se detiene. Un silencio sobrecogedor se instala en el lugar.

— espera aquí,- dice el hombre, — voy a salir a ver que pasa, si el peligro se ha alejado volveré por ti.

Así es como Tony sale al exterior. Parapetado tras los muros de las edificaciones, llega al claro donde dejaron a sus compañeros. Lo que ve lo deja sin aliento y consternado. Están todos muertos. Todos salvo uno, que no es otro que su socio. Isaac.

Preocupado y, sin saber como darle la noticia a la arqueóloga, vuelve por ella.

Cuando están ambos de nuevo en el claro, Paula se hunde

en la tristeza y en la depresión al ver masacrado a su equipo y una desesperanza enorme la envuelve al darse cuenta del riesgo a que la zona no sea declarada bien de interés para su protección y la de sus habitantes.

Están así, cuando cinco helicópteros de la guardia nacional peruana irrumpen en escena en el limpio y cristalino cielo.